

Interrogantes científicos e implicaciones políticas del concepto de “sociedad de la información”

Begoña Ballesteros Carrasco
Daniel Franco Romo¹

TREJO DELARBRE, Raúl: **Viviendo en el Aleph. La Sociedad de la Información y sus laberintos**. Barcelona: Gedisa, 2006. 249 pp.

Caracterizar a la sociedad capitalista en cada una de sus fases históricas ha sido y sigue siendo un empeño teórico central no sólo en el campo de las ciencias sociales, sino también en el ámbito de la práctica política. Resurge periódicamente cuando alguna innovación afecta de manera significativa a las estructuras culturales, sociales o económicas. Las transformaciones acontecidas en los usos y funciones de la comunicación en la segunda mitad del siglo XX han sido el último acontecimiento histórico en reabrir los debates y las reflexiones en torno a la definición de nuestras sociedades. Debates y reflexiones que, aun a riesgo de simplificarlos en su diversidad y matices, están dominados, en su mayoría, por la propuesta teórica de la “sociedad de la información”. Con ella, la sociología no marxista ha tratado de interpretar el protagonismo creciente que desempeña en la actualidad el sector informacional y que ya había anticipado en sus teorías previas sobre la “sociedad post-industrial”.

La hipótesis de ese nuevo escenario, expuesta paradigmáticamente en la controvertida trilogía de Manuel Castells *La era de la información* (Madrid: Alianza, 1997 y 1998), vendría sostenida por la aparición de un modelo de organización colectiva sin precedentes, distinguido por el dominio de redes informacionales capaces de socavar los cimientos de la estructura socioeconómica capitalista modificando las normas que hasta ahora regían en ella: el conocimiento organizado sustituye al trabajo como fuente de valor económico, la organización productiva se vuelve horizontal y en las relaciones sociales el antagonismo entre capitalista y trabajador se diluye en nuevos modos de estratificación.

La última obra de Raúl Trejo Delarbre, *Viviendo en el Aleph*, opta por situarse dentro de esta tendencia teórica. Continuando la línea de reflexión que inició a mediados de los noventa con *La nueva alfombra mágica* (Madrid: Fundesco, 1996), el autor mexicano se adentra en esta ocasión en las luces y las sombras de esa “nueva forma de organización social” que, distinguiéndose “por la cantidad y la calidad de información asequible a la gente” (p. 37), habría permitido la configuración de un mundo “distinto a los que antes vivió la humanidad” (p. 101).

Asumiendo la utilidad explicativa del concepto de sociedad de la información, Raúl Trejo trata de acotarlo sirviéndose de un procedimiento de carácter periodístico, por el que la definición de un objeto se encuentra en el punto medio de todas las posturas que ha suscitado. Establece así un equilibrio entre quienes sólo ven en esa nueva estructura social promesas de bienestar y aquellos que la censuran catalogándola como ideología legitimadora del orden establecido. En la reconciliación ecléctica entre optimistas y escépticos reside la idea central de *Viviendo en el Aleph*: la sociedad de la información ofrece potencialidades sin precedentes para mejorar las condiciones de vida de la gente, pero, al mismo tiempo, presenta “paradojas e insuficiencias que impiden cualquier entusiasmo incondicional ante su imponente oferta de contenidos” (p. 14). A partir de ese planteamiento, el autor desarrolla una veintena de rasgos -

¹ Doctorandos en “Comunicación, cambio social y desarrollo” por la Universidad Complutense de Madrid.

tales como la ubicuidad, la intemporalidad, la convergencia o la omnipresencia- que, a su parecer, distinguen a esta etapa histórica de la anterior.

Sin embargo, pese a la pretensión abarcadora de su taxonomía, el método de análisis empleado impide a Raúl Trejo elaborar una explicación de su objeto más allá de sus manifestaciones inmediatas. Llega así a identificar correctamente fenómenos como la desigualdad de acceso a los dispositivos informáticos o los desequilibrios en materia de capacitación para el uso de las tecnologías de la información y la comunicación, pero no ofrece las claves etiológicas para su comprensión.

El lector encontrará un estudio actual, de indudable valor descriptivo y abundante en datos. Pero, al tiempo, con las limitaciones analíticas de quien acepta la validez conceptual de la sociedad de la información sin someterla a un examen previo. Raúl Trejo asume como inevitable la implantación de este nuevo modelo (p. 101), abstrayéndolo de sus determinantes históricos, sociales y económicos. Es decir, dejando sin respuesta la cuestión de si, en efecto, vivimos bajo los esquemas productivos, laborales y culturales de la sociedad de la información.

Parece claro que las nuevas funciones económicas que el capitalismo ha asignado a la información y sus tecnologías, fundamentalmente desde la reestructuración del sistema tras la crisis de acumulación de los años setenta y ochenta, obligan, cuando menos, a replantearse la discusión sobre la pervivencia o la transformación de los fundamentos del modo de producción capitalista. Pero, para que esa tarea culmine en una caracterización rigurosa del mundo actual, debe estar presidida por bases teóricas y precauciones metodológicas que distingan las transformaciones reales de las aparentes y preserven la línea que separa lo científico de lo ideológico. La sociedad de la información, tal y como ha sido enunciada hasta ahora, no puede tomarse ni científicamente como una cuestión cerrada ni políticamente como un hecho consumado.

Como se sabe, en el terreno científico, para refutar o validar hipótesis concernientes a procesos sociohistóricos de esta magnitud, se requieren largos períodos de tiempo. No obstante, los años que el sector informacional lleva cumpliendo funciones económicas estratégicas para el sistema parecen ofrecer ya un margen lo suficientemente amplio para, al menos, poner en tela de juicio los planteamientos que defienden cambios profundos en los esquemas productivos. Más bien al contrario, convertir la información y sus tecnologías en un nuevo espacio de rentabilidad podría haber supuesto para el capitalismo no su revolución, sino su reproducción histórica. O, si se prefiere, las nuevas redes informacionales habrían cambiado la realidad para posibilitar, precisamente, que todo siga igual. Si bien Raúl Trejo niega la pertinencia de este examen previo (p. 39), parece claro que las ciencias sociales y, en concreto, la economía política de la comunicación todavía tienen pendiente esclarecer si la sociedad de la información es un planteamiento teórico capaz de recoger las leyes de funcionamiento que rigen en el capitalismo actual.

Trasladadas al terreno práctico, ninguna de estas cuestiones tiene una importancia menor. A pesar de que Raúl Trejo infiere posiciones “políticamente paralizantes” (p. 76) de quienes rechazan el concepto de la sociedad de la información, cualquiera de las posturas teóricas posibles en esta discusión -incluida su negación radical- supondrá inevitablemente una orientación para la práctica política. Después de todo, el debate sobre la sociedad de la información como nueva fase histórica no es otro que el de la periodización y la naturaleza del capitalismo, es decir, de su capacidad o incapacidad para eliminar las contradicciones

intrínsecas que lo definen. De cómo se resuelva teóricamente esta cuestión dependerá, en gran medida, la adopción de estrategias políticas que busquen prolongar el estado de cosas actual (al entender que el sistema ha recuperado su carácter progresivo) o que, por el contrario, aspiren a su superación histórica (sobre la base de un carácter regresivo cada vez más acentuado).